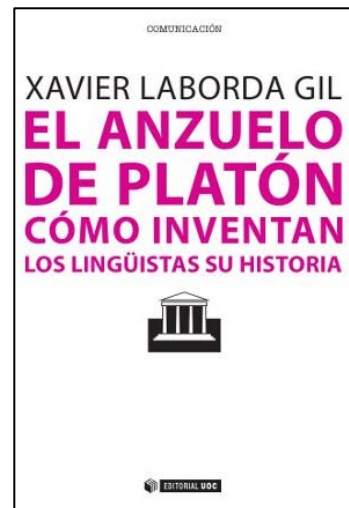


En esta obra, Xavier Laborda Gil, profesor de lingüística en la Universidad de Barcelona, explica la manera en que se ha abordado la historia de la lingüística por sus cultivadores, que desde distintos paradigmas o modelos de interpretación producen, narran relatos. Esta breve descripción recoge, en apretada síntesis, la organización en tres capítulos del libro, que contiene además una introducción, dos apartados de fuentes (p. 174) y bibliografía (pp. 175-179), y un índice de nombres (181-183).

La «Introducción: saber e invención» (pp. 11-17) sitúa ya al lector en el enfoque que adopta el autor para hablar de la historia de la lingüística: una invención de sus historiadores, que, a través de los paradigmas, como guías por el campo de la historia del pensamiento sobre el lenguaje, producen relatos; en este caso, los relatos son del propio autor del libro, que se convierte así en un historiador prendido también, como el pescador, de su anzuelo, *El anzuelo de Platón* que da título al libro.



En el capítulo I, «Historiadores, narradores» (pp. 19-44), Laborda Gil se centra en la obra de tres autores, no todos estrictamente lingüistas. Hay un primer epígrafe para Vilhelm Thomsen, fundador de la disciplina, que con su *Historia de la lingüística* de 1902 aportó a la historiografía de esta disciplina la matriz de etapas (Grecia clásica, Roma, cristianismo y Edad Media, Renacimiento, Siglo XVIII, comparativismo y neogramática), obras (fuentes literarias, filosóficas, gramaticales y de lingüística histórica) y asuntos (la controversia sobre la naturaleza motivada o convencional del signo y sobre la anomalía o analogía de la lengua, la tipología lingüística, las gramáticas misioneras) que, de una manera u otra, han seguido interesando en el transcurso del siglo XX.

Sigue un segundo epígrafe dedicado a Robert Henry Robins, que, en palabras de Laborda Gil, es el «nombre propio que resume la historia de la lingüística» (p. 28). Pero, frente al examen hecho de Thomsen, la obra de Robins, *Breve historia de la lingüística*, se enmarca en el contexto de la lingüística desarrollada en el Reino Unido, dado que la referencia bibliográfica principal manejada por el autor del libro para tratar la figura de este historiador es *Linguistics in Britain: Personal Histories*, editada por Brown y Law en 2002, bajo los auspicios de la *Philological Society* de Londres. De este modo, la labor de Robins, libre del dogmatismo, el sectarismo y la prevalencia personal, tan cultivados y seguidos desde la segunda mitad del siglo XX, adquiere una nueva perspectiva al aparecer junto con las narraciones vitales de lingüistas como Halliday o Lyons ¹.

El capítulo I se cierra con el epígrafe para otro historiador que ha creado escuela en palabras de Laborda Gil: Umberto Eco. Este filósofo, medievalista y lingüista propone una forma de escribir la historia en la que el autor del libro reseñado distingue cinco rasgos nuevos: especialización de la historiografía, ampliación del

¹ Obsérvense si no estas palabras de Laborda Gil sobre Halliday, con una cita de este lingüista extraída de la obra que se acaba de mencionar en el cuerpo del texto: «Opina que el mundo de la lingüística ha cambiado mucho desde los tiempos en que dirigió proyectos de investigación para la educación en University College London. «La lingüística se ha convertido en un campo de batalla –afirma Halliday–, con una nueva dinastía en el poder, a pesar de que aún se presente como una minoría acosada mientras se moviliza para dominar el mundo»» (p. 35).

corpus de autores, diversidad de documentos estudiados, énfasis metodológico con el modelo de la hermenéutica o teoría de la interpretación histórica y multimodalidad expositiva por llevar a cabo su actividad historiográfica mediante el ensayo y la ficción. Los rasgos del programa de Eco componen un paradigma interpretativo original que se plasma en el modelo de la historiografía como laberinto, interpretada por Laborda Gil a partir del siguiente decálogo (pp. 43-44):

- «1. El historiador de la lingüística se ocupa no sólo de la lingüística, sino de sus relaciones con la filosofía, la literatura o el arte, entre otras disciplinas.
2. El historiador frecuenta los géneros del ensayo historiográfico y de la narración.
3. Concibe la narración de ficción como una fuente de conocimiento.
4. Concibe la historia como una dimensión de obras abiertas y como un proceso interpretativo.
5. No es un especialista de la historiografía, sino que la cultiva como extensión de otras investigaciones.
6. Aplica los estudios históricos a diversos ámbitos de la lingüística, sobre los que proyecta una perspectiva histórica.
7. Desarrolla la historia de la lingüística no como aval de su doctrina, sino como exploración científica.
8. Sus estudios tratan de cuestiones que afectan a los paradigmas cívico, epistemológico, gramatical y contextual de la historiografía.
9. Está interesado no sólo en publicar qué descubre, sino también en explicar cómo investiga y cómo escribe.
10. Es original y refunda la historiografía, porque escribe tanto para los lectores contemporáneos como para los futuros.»

El capítulo II del libro, «Paradigmas» (pp. 45-107), se ocupa de los paradigmas sobre los que destaca la historia de la lingüística como conjunto de relatos. Los paradigmas o modelos de interpretación considerados por el autor son cuatro: el cívico, el epistemológico, el gramatical y el historiográfico². En los seis epígrafes dedicados al paradigma cívico (pp. 45-59), Laborda Gil se centra en el tratamiento que se le ha dado a la retórica en la historia de la lingüística y concluye que las disciplinas que tratan del análisis del discurso:

² Estos dos últimos son denominados *analógico* y *hermenéutico* en el esquema de las cuatro tramas o paradigmas historiográficos presentado por el autor del libro en la p. 90. Obsérvese, además, que, en el decálogo sobre el historiador que Laborda Gil elabora, los paradigmas son denominados *cívico*, *epistemológico*, *gramatical* y *contextual*. Por otra parte, al final del capítulo II, los paradigmas se reducen a tres y se llaman: *histórico-comparatista*, *estructuralista-axiomático* e *historiográfico-hermenéutico*. Posiblemente, estos desajustes se expliquen por el hecho de que parte de los materiales que conforman la obra reseñada procede de distintos trabajos previamente publicados por su autor (véase el apartado de «Fuentes», p. 174). No obstante, hubiera sido conveniente establecer una unificación en la terminología y en la distinción de paradigmas en aras de una mejor comprensión por parte del lector.

sociolingüística, pragmática y etnolingüística, no tienen referencias propias en las obras divulgativas de historia de la lingüística, y no las tendrán a menos que se produzca en cambio en la perspectiva histórica.

El paradigma epistemológico es analizado, asimismo, en seis epígrafes (pp. 59-70) en los que se toma como referencia la primera obra de la historia sobre el lenguaje, el *Crátilo* de Platón, que Laborda Gil aborda desde la perspectiva de distintos historiadores de la lingüística (Thomsen, Arens, Robins, Leroy), desde el punto de vista filosófico y también desde el propio contexto en el que el diálogo platónico se gestó. El paradigma epistemológico, planteado ya por Platón, Aristóteles y los estoicos, formula una teoría sobre el signo lingüístico, como principio de construcción del discurso científico, la cual abarca el pensamiento estoico, el cartesiano y el modelo estructuralista, de manera que el paradigma epistemológico establece una unidad temática referida al signo lingüístico que, no obstante, agrupa planteamientos diversos: los de Platón, Port-Royal y Saussure.

El paradigma gramatical (pp. 70-83) queda representado por la personalidad de Bernard Shaw y su comedia *Pigmalion*. En ocho epígrafes, el autor del libro muestra cómo la trama o paradigma analógico, fundado por Dionisio el Tracio y los filósofos del periodo alejandrino, sufre una revolución con la obra y la vida del autor irlandés, puesto que en ambas se da forma orgánica a la erudición filológica, al empirismo lingüístico y a la aplicación de disciplinas como la logopedia o la planificación lingüística. *Pigmalion* es vista por Laborda Gil como un elogio entusiasta de la lingüística por la autoridad de su creador, Shaw, por la oportunidad de haber anticipado la eclosión de la lingüística europea y americana del siglo XX, por la utilidad asignada a la lingüística en la educación de las variedades de la lengua y por el proyecto lingüístico tradicional que la comedia reivindica: desde el ideal sofista se ha afirmado la condición dúctil del ser humano y su capacidad de cambio a través de la educación.

El cuarto paradigma, correspondiente a la hermenéutica como intérprete de la historia, es desarrollado en siete epígrafes (pp. 83-96) que dan cuenta de la postura de Laborda Gil sobre la historiografía: tiene un carácter narrativo y un papel canónico o moralizante, constituye un género científico, es selectiva al escoger épocas y temas, dilucida e interpreta el sentido del texto no solo desde la perspectiva del autor, también desde la del lector, y, por último, da lugar a un escrito neutro y silencioso que el historiógrafo y el lector interpretan.

El capítulo II se cierra con la presentación de un estudio práctico en el que Laborda Gil se constituye en historiador que inventa, produce un relato sobre el edificio histórico de la Universidad de Barcelona para establecer una analogía entre el proyecto decorativo del paraninfo de esta institución y los rasgos de la historiografía, especialmente en lo que se refiere a la dialéctica entre los distintos cánones que muestra la sala del paraninfo y la pugna de paradigmas en la historiografía.

Este estudio práctico es la antesala del capítulo III, «Relatos» (pp. 109-173), dado que en él se nos presentan cinco relatos, cinco episodios de la lingüística, fruto del propio Laborda Gil, titulados: «El arquitecto ante la lingüística», «Twain, el orador magistral», «Pepys, biógrafo secreto», «Invención de la lingüística cartesiana» y «Babel y la biblioteca, máscaras». Si tenemos en cuenta que el primer relato se refiere a la

narración de un episodio que tuvo lugar en 1972 y que el último examina el mito de Babel y el nacimiento de la gramática alejandrina, se comprende la precisión del autor acerca de que los cinco episodios recogidos están dispuestos en un orden de regresión temporal.

Los cinco epígrafes de la primera narración dan cuenta del simposio sobre Arquitectura, Historia y Teoría de los Signos que tuvo lugar en Castelldefels (Barcelona) entre el 14 y el 18 de marzo de 1972. La historia reseñada por Laborda Gil, relato verídico en este caso, muestra la importancia de la lingüística, especialmente por lo que se refiere a la gramática generativa, en el ámbito de la arquitectura y la constitución de aquella ciencia como paradigma científico para otras disciplinas que, actualmente, agrupamos bajo la denominación *Artes y Humanidades*. El prestigio de la lingüística en aquellos años se ve, pues, reflejado en el intento de los participantes en el simposio por proyectar una teoría lingüística de la arquitectura, por profundizar en la analogía entre lenguaje y arquitectura y por instalar el diseño arquitectónico bajo el paradigma de la lingüística.

El segundo episodio narrado trata, en cuatro epígrafes, la figura de Mark Twain como orador. Analizando la *Autobiografía* de este escritor estadounidense, Laborda Gil reflexiona sobre las características de su oratoria, con el trasfondo del orador ideal para Cicerón, y compone un capítulo de la historia de la elocuencia, poco o prácticamente nada desarrollada, tal como el autor de la obra reseñada muestra al ocuparse del paradigma cívico.

El tercer relato histórico también está centrado en una personalidad relevante para la historia de la lingüística: la de Samuel Pepys. En los seis epígrafes que Laborda Gil le reserva se analiza, asimismo, una obra de este funcionario del almirantazgo inglés, su *Diario*, cuyo estudio permite vincular los intereses de Pepys: la oratoria de los discursos que escuchó, la escritura cifrada por su aprendizaje de la taquigrafía y el progreso científico por su participación en la *Royal Society*, con la vida cotidiana y la ciencia de la época.

El cuarto episodio contado por Laborda Gil en siete epígrafes trata la *Grammaire générale et raisonnée* de Port-Royal. Se analiza esta obra en tanto que gramática escolar, en su organización o estructura y en relación con su recepción por la lingüística posterior, especialmente por la gramática generativa de Chomsky, deseoso de vincular su aportación teórica con la que denomina *lingüística cartesiana*, a pesar de la peregrina idea del gramático norteamericano acerca de que la lingüística como ciencia surge a partir de él. Chomsky crea, de este modo, una situación paradójica³ merecedora de que continúen, al menos, los estudios historiográficos sobre la vinculación de la *Grammaire* de Port-Royal con la gramática generativa.

La última narración de Laborda Gil examina, en cinco epígrafes, dos tópicos de la lingüística; el primero, relativo al nacimiento del lenguaje y al surgimiento de la diversidad lingüística, es visto a través del mito de la torre de Babel; el segundo se refiere al nacimiento de la gramática en Alejandría. Además de ocuparse de estos dos tópicos de la lingüística, el autor del libro reseñado resalta su naturaleza mítica común, en la que se unen elementos de ficción y de realidad: el escenario de una gran ciudad en la que se sitúa el mito (Babilonia y

³ Si la lingüística hubiera surgido con la obra de este gramático norteamericano, todas las reflexiones sobre el lenguaje y las lenguas anteriores a él no constituirían la ciencia de la lingüística y no podrían ser objeto de un análisis histórico.

Alejandro, el imperio babilónico y el alejandrino como orden político en el trasfondo, la función institucional de los edificios (la torre y la biblioteca) y el destino trágico de los símbolos (su destrucción).

El capítulo III acaba con una conclusión no solo del capítulo, sino de todo el libro, pues, desde el relato de dos cuentos de la tradición persa, Laborda Gil plantea sus reflexiones sobre la historia y la historiografía, por una parte, y la lingüística y la historia de la lingüística, por otra. La visión que el autor tiene de estos conceptos, y especialmente de la historia, se nos presenta enfrentándolos al relato de ficción, a la novela, de manera que quedan plasmadas las similitudes y las diferencias entre ambos géneros discursivos. Además, la actuación del gobernador Tamerlán y del mulá Nasrudín, personajes de los dos cuentos sufíes narrados, se extiende a la lingüística y a su historia para acabar planteando diversos interrogantes sobre esta ciencia relativos a su carácter humanístico o natural, a la diversidad de paradigmas que comprende y a sus orígenes.

Con esta obra, Laborda Gil nos ofrece su concepción de la historiografía lingüística, en ningún caso separada de lo que entiende por historia y de ningún modo alejada de su propio quehacer como inventor de relatos que iluminan periodos, autores y temas, y que se incardinan en un contexto social y cultural, de manera que cumple su pretensión de «enseñar la lingüística como realidad vivaz y comprensible» (p. 173).

Inmaculada Penadés Martínez

Universidad de Alcalá

inmaculada.penades@uah.es

